

cioso á Roma para ofrecer que el gobierno de Italia renunciaría al nombramiento de los obispos y al *exequatur* en las bulas y pastorales, en cambio de que el gobierno pontificio aprobara la venta de los bienes de la Iglesia, de cuyo producto quería reservar para el Estado de Italia 600 millones dejando el resto á los obispos. Las cámaras seguramente habrían negado su aprobación á este proyecto, y en prevision de este resultado el gobierno italiano mandó proceder á nuevas elecciones. Pero Ricasoli se llevó doble chasco, porque Tonnello no consiguió nada en Roma y la nueva cámara se compuso de los mismos elementos que la anterior. La consecuencia fué que Ricasoli tuvo que dimitir y en su lugar se encargó Rattazzi otra vez de los negocios en 11 de abril de 1867. La amistad del nuevo ministro con la izquierda se hizo todavía mas estrecha, porque efectuó la amortización de los bienes de la Iglesia sin atender á las reclamaciones de Roma y de la derecha del parlamento. Sin embargo, la izquierda no podía esperar de Rattazzi, recordando el desastre de Aspromonte, que presenciaria inactivo un ataque del partido de accion al resto de los territorios pontificios. El conflicto del Luxemburgo animaba por otra parte á una empresa atrevida. La Francia se hallaba en el umbral de una guerra gravísima con Alemania, de suerte que no podía ejercer una presión fuerte sobre el gobierno de Italia, y Malaret muy alarmado comunicó á fines de abril á Paris que Garibaldi trataba de efectuar desde Génova un desembarco en el Estado de la Iglesia y que al propio tiempo los emigrados romanos invadirían el mismo territorio por la frontera del Sur. El viejo revolucionario de Caprera estuvo en aquellas semanas ocupado con febril actividad: recorrió la Italia del Norte y del centro, publicó manifiestos que invitaban á la accion, formó comités para procurar armas y enganchar voluntarios, en la seguridad de que esta vez Napoleón no le inutilizaría sus trabajos. No obstante, el conflicto del Luxemburgo quedó zanjado mas pronto de lo que se había pensado, y apenas se vió Napoleón libre del temor de la guerra con Alemania, adoptó otra vez una actividad muy enérgica respecto de Italia. Mas impresion que el cambio de notas entre Paris y Florencia causó la noticia del envío del general Dumont á Roma con encargo de inspeccionar la legión de Antibes, sirviendo de pretexto las muchas desercciones que en aquella legión habian ocurrido. Este pretexto no tenía para los italianos, por supuesto, ningun valor, pues que la citada legión no formaba parte del ejército francés, si bien lo pretendió así el mariscal Niel en una carta que dirigió al coronel de la legión, y así lo dió á entender tambien la actitud de Dumont. Rattazzi de ningun modo podía estar conforme con este modo de ver, por manera que las relaciones entre la Francia y la Italia se hicieron muy tirantes; pero el gabinete de Florencia procuró evitar la ruptura á toda costa, por lo cual intimó á Garibaldi que aplazara sus proyectos. El viejo revolucionario se conformó durante algun tiempo, y asistió al congreso que los amigos de la paz habian convocado en Ginebra, donde desahogó su ira en violentos ataques contra el Papa y la clerecía. Sus declamaciones fueron recibidas con mucha frialdad, lo cual le exasperó todavía mas, de suerte que al volver á Italia excitó al pueblo en discursos apasionados á exterminar «el nido de víboras y la turba negra, que era peor que el cólera.» Despues pasó á Asinalunga, en la frontera romana, para encargarse del mando de los voluntarios que se habian reunido allí en numerosas bandas. Rattazzi no se atrevió á permitir á Garibaldi que pasara mas adelante, porque habiendo dicho hasta entonces en Paris que eran insignificantes los preparativos del partido de accion italiano, comprendió era peligroso dejar mas libertad á este partido. Habiendo quedado sin resultado una última adver-

tencia hecha á Garibaldi, fué éste preso en Asinalunga en la mañana del 24 de setiembre y conducido á la fortaleza de Alejandría; mas en vista de la excitacion que se manifestó en el pueblo y en la misma capital, juzgó el gobierno italiano mas prudente conducirlo á Caprera, y á fin de impedir su evasión se destacaron allí seis buques de guerra.

Esta conducta enérgica de Rattazzi impidió por lo pronto la intervencion de la Francia. Algunas cartas de Rouher (1) nos revelan la manera de ver en Paris la situacion, pues el ministro expresó en sus comunicaciones el temor de que detrás de Garibaldi estuviera Bismarck que facilitara recursos; que era probable que se quisiera tomar la cuestion romana, como la veneciana en 1866, por base de una alianza entre Prusia y la Italia, por supuesto en prevision de nuevas complicaciones, como seria una guerra entre Alemania y Francia, en cuyo caso la Francia debería mas que nunca ponerse de parte del Papa y si Garibaldi marchara realmente contra Roma, enviar inmediatamente 10,000 hombres á Civitavecchia, anular el convenio de setiembre como obra insuficiente é invitar á las potencias europeas á prestar su garantía colectiva al patrimonio de San Pedro. Garibaldi al parecer retardó la ejecucion de sus proyectos, lo cual contrarió á Rouher, el cual habria deseado que la política francesa tuviese ocasion de fundar sin pérdida de tiempo sobre una nueva base la independencia de los Estados de la Iglesia, pues que de lo contrario podía presentarse fácilmente una crisis mucho mas peligrosa para las buenas relaciones con Italia. Convenia tambien en opinion de Rouher recomendar mucha reserva á la prensa respecto de la Prusia, y demostrar que la circular de Bismarck sobre la entrevista de Salzburgo, que habia hecho una impresion muy desagradable, no tenia mas objeto que inducir al parlamento á votar nuevos impuestos; que el canciller se servia de Francia como espantajo para asustar á los demás Estados alemanes, y que por lo mismo no convenia que la prensa francesa cometiera la falta de facilitar este juego al canciller alemán y contribuir con una polémica irritante al buen resultado de sus propósitos.

Juzgando Rouher de este modo la situacion política, no podía felicitar de la prision de Garibaldi, porque le impedía la intervencion militar; si bien no tardó en verse que no obstante el alejamiento del jefe, continuó su empresa, pues á los pocos dias, el 30 de setiembre, Menotti, el hijo de Garibaldi, pasó la frontera romana y ocupó la pequeña ciudad de Acquapendente y algunos otros lugares, mientras por el Sur entró en el Estado de la Iglesia Nicotera y dentro de Roma mismo empezaron á fermentar los ánimos. No obtuvieron triunfos notables los voluntarios, y casi en todas partes donde entraron en colision con las tropas pontificias, como en Bagnorea y Monte-Libretti, sufrieron descalabros, mostrándoseles la poblacion en muchas partes hostil, como no podía menos de suceder atendida la defectuosa disciplina de los garibaldinos. La situacion no dejó de presentarse por eso menos grave, porque si los voluntarios eran dispersados en un sitio, pasaban la frontera para repararla otra vez al dia siguiente por otro punto; y si la sublevacion estallaba dentro de la misma ciudad de Roma, lo cual podía suceder en cualquier momento, no tendría el Papa mas remedio que abandonar el país abierto para quedar siquiera dueño en la capital, y aun así era de temer que el gobierno italiano declarara que en el interés monárquico necesitaba intervenir, acto que no le impedía el convenio de setiembre. Solo la intervencion de Napoleón podía hacer desaparecer el peligro, y por esto estalló una lucha muy árdua en aquellos dias entre los elementos clericales y los liberales que rodeaban al em-

(1) Del 19 y 24 de setiembre. *Papiers secrets*, pág. 407.

perador. Mientras el príncipe Napoleón, Lavalette, Duruy y Nigra se esforzaban en disuadir al emperador de toda intervencion, la emperatriz, dominada como estaba por Menjaud, su capellán mayor, infatigable y hábil, empleó toda su influencia para que el emperador enviara algunos regimientos á Roma, y en igual sentido trabajaron Rouher, Moustier, Niel y otros. El emperador estaba como solia indeciso esperando los sucesos.

En Roma se perdió la esperanza de obtener socorros de Paris, y Antonelli telegrafió al Nuncio: «Ojalá que pudiese esperar una actitud enérgica, pero no cuento con ella.» No obstante, contra lo que esperaba Antonelli, tomó Napoleón una actitud mas firme, y antes de regresar de Biarritz á Paris dió orden á Moustier de hacer saber al gobierno italiano que en vista de que éste no podía impedir la violacion del convenio de setiembre, la Francia se vería obligada á encargarse de este cuidado. En el mismo sentido telegrafió el emperador personalmente á Víctor Manuel en 11 de octubre. En vano se valió Rattazzi de todos los medios para impedir la realizacion de esta amenaza ó conseguir cuando menos hacer entrar al mismo tiempo con las tropas francesas fuerzas italianas en el patrimonio de San Pedro, exponiendo que el ministerio italiano y la misma dignidad real peligraban seriamente; que el desembarco de tropas francesas haria inevitable una ruptura entre ambos países; que la exacerbacion se aumentaba tanto que se conspiraba ya contra la vida del emperador, habiendo partido de Nápoles con destino á Marsella cinco garibaldinos, y que una colision entre las tropas francesas é italianas impulsaría á los conspiradores á realizar sus planes (1). El embajador Nigra, personalmente muy bien visto en las Tullerías, tampoco consiguió con toda su elocuencia y aun sus súplicas lograr siquiera que la decision definitiva de la suerte de Roma se dejara á un congreso; porque si las consideraciones de los amigos de Italia, el temor de que Bismarck pudiese aprovechar la enemistad de los dos países y el escrúpulo de una nueva ocupacion militar, cuya duracion no era fácil calcular, no pudieron hacer vacilar ya al emperador, que entretanto habia regresado á Paris, siempre hubieran obrado como contrapeso invencible el lenguaje enérgico de Rouher, Niel y Moustier, y sobre todo el ardor de la emperatriz. En un consejo de ministros que se tuvo en 17 de octubre se tomó la última decision, y concluido que fué, telegrafió Moustier á Roma que se continuara con valor la defensa, que el auxilio de la Francia no faltaria; y al mismo tiempo se envió un ultimatum á Florencia pidiendo dentro del término de veinticuatro horas garantías para el cumplimiento del convenio de setiembre. Rattazzi, puesto en la alternativa de romper abiertamente con la Francia ó de intervenir con las armas contra los garibaldinos, no tuvo valor para optar por ninguno de los dos extremos y presentó su dimision, que el rey aceptó sin dificultad.

El emperador, despues de este primer triunfo, creyó poder manifestar su moderacion suspendiendo el embarco de la expedicion y publicando esta decision en el *Monitor*; mas la marcha de los sucesos en Florencia no correspondió á sus deseos. Víctor Manuel publicó un bando contra los trabajos revolucionarios y encargó al enérgico Cialdini la formacion de un nuevo ministerio; pero Cialdini renunció el encargo al cabo de algunos dias, y durante este interregno ministerial, Garibaldi se evadió de Caprera, se presentó súbitamente en Florencia y partió sin que nadie le molestara para la frontera romana (2).

Este suceso hubiera bastado por sí solo para dar en las

(1) Rothan: *La France en 1867*, tomo II, págs. 128 y siguientes.
(2) *Memorias de Garibaldi*, pág. 426.

Tullerías el triunfo al partido de la intervencion, á lo cual se agregó que al presentarse Garibaldi en el campamento de los voluntarios se observó en seguida mayor energía en sus empresas, que pusieron en grave peligro la situacion militar del Papa, que habia continuado hasta entonces bastante satisfactoriamente. Menotti no habia conseguido nada durante las tres semanas, y el levantamiento en el interior de Roma no se habia efectuado todavía. Todo lo que habian logrado sus amigos hasta entonces en la capital era una peticion dirigida al Papa con doce mil firmas para suplicarle que invocara el auxilio del gobierno italiano. A la noticia de la evasión de Garibaldi de Caprera en 23 de octubre, estalló positivamente una sublevacion en Roma. El cuartel de los zuavos pontificios fué volado por los revolucionarios, y una turba de jóvenes capitaneados por Enrique Cairoli, hermano del que despues fué presidente del consejo de ministros, levantó la bandera de la revolucion. Los revolucionarios sucumbieron, pereciendo su jefe Cairoli; pero podia verificarse el dia menos pensado un nuevo levantamiento, y hallándose Garibaldi ya en el mismo territorio romano, la situacion tomó tambien fuera de la ciudad un sesgo mas grave, conforme lo probó el asalto de Monte-Rotondo en 25 de octubre.

En estas circunstancias mandó Napoleón emprender otra vez el embarco (en 26 de octubre) de las tropas dispuestas en Tolon; el general Faily, encargado del mando de la expedicion, partió inmediatamente de Paris, y una circular de Moustier comunicó á las cortes de Europa las resoluciones del emperador, asegurando que la nueva ocupacion no debia ser considerada como un acto hostil contra la Italia y que el emperador limitaria esta ocupacion hasta donde fuera posible, solicitando al mismo tiempo la cooperacion de las otras potencias para el arreglo de la cuestion de Roma.

A pesar de esto, ocurrió una nueva oscilacion en la decision del emperador. Cuando llegó de Florencia la noticia de que el general Menabrea, uno de los firmantes del convenio de setiembre, se habia encargado de la formacion del ministerio, siendo indudables su simpatía á favor de la Francia y su carácter conservador, creyó el emperador poder eludir todavía la intervencion armada; pero cuando su despacho llegó á Tolon se habia hecho á la mar la escuadra, que por la mañana del 28 de octubre entró en Civitavecchia (3).

El interés de la Francia exigía tomar una actitud la mas pasiva posible y cooperar solo al restablecimiento de la tranquilidad con la mera presencia de sus tropas, y facilitó esta actitud la formacion del ministerio Menabrea. El rey declaró en un edicto que una guerra con Francia seria una guerra fratricida entre dos ejércitos que habian combatido por la misma causa, y que tan pronto como se hubiera restablecido el orden, se esforzaria en arreglar de comun acuerdo con el emperador la cuestion de Roma en un sentido que correspondiese á las resoluciones del parlamento. Todas las autoridades recibieron instrucciones severas para proceder contra todos los que amparasen á los garibaldinos, fué disuelto su comité central, se cerraron sus banderines y se dispuso un informe jurídico. No gustó tanto en Paris que el general Cialdini recibiera orden de ocupar algunos puntos del Estado de la Iglesia, medida con la cual creyó el rey conservar su dignidad y evitar una explosion del disgusto nacional. Dió á Lamármora el encargo de justificar esta disposicion en Paris é hizo saber á Faily que sus tropas evitarían no solamente todo conflicto con los franceses, sino tambien con las pontificias, y hasta ordenó restablecer en los puntos ocupados los escudos de armas del Papa. A pesar de esto, disgustó mucho

(3) *La vie du Cardinal de Bonnechose, par Mgr. Besson, évêque de Nîmes*. Rothan, tomo II, pág. 175.

en París la ocupación de aquellos contados puntos y hasta se protestó contra ello; pero no se insistió en que fuesen retiradas las tropas italianas, sino que se declaró que Faily se opondría á todo nuevo avance, y cuando Antonelli quiso atacar á las tropas italianas con las del Papa, mandadas por el general Kanzler, con la esperanza de que en caso de derrota de los pontificios los franceses acudirían á su socorro, Faily le declaró rotundamente que no contara con esto y que el cardenal tendría que cargar con la responsabilidad de todas las consecuencias.

Respecto de los garibaldinos, no opinó así el general francés, porque al primer ataque que dieron contra ellos los soldados del Papa en número de 3,000 el 3 de noviembre por la madrugada, el general Kanzler fué apoyado desde luego por una reserva francesa de 2,200 hombres, mandada por el general Polhes, con orden de tomar parte en el combate si fuese necesario. Así empezó la batalla de Mentana, que fué librada hasta las cuatro de la tarde exclusivamente por los voluntarios y los pontificios; y solo cuando estos últimos no pudieron sostenerse contra los garibaldinos, superiores en número, intervinieron Polhes y sus franceses, y por primera vez en aquella ocasión hicieron uso de los fusiles Chassepot, que segun la expresion de Faily, «hicieron maravillas.» Los italianos fueron derrotados y tuvieron seiscientos muertos, mientras los soldados del Papa solo tuvieron treinta y uno, y los franceses no experimentaron mas baja que la de un herido. Los garibaldinos se mantuvieron durante la noche en posesion de Mentana, pero á la mañana siguiente pasaron la frontera y entregaron sus armas á las tropas italianas. Garibaldi mismo, á pesar de las advertencias de su compañero Crispi, aceptó un tren extraordinario que le ofreció el coronel italiano, y durante el camino de Florencia fué arrestado y conducido al fuerte de Varignano, cerca de Spezzia, donde el gobierno le tuvo preso tres semanas hasta que le dejó regresar á Caprera con el pretexto de cuidar de su salud.

Después del suceso de Mentana no pudo retardar Menabrea la orden de retirar las tropas italianas sin esperar una nueva intimación de la Francia. En cambio, anunció Napoleón que las dos divisiones francesas se retirarían paulatinamente á Civitavecchia, donde serían embarcadas. En apariencia, pues, eran bastante tolerables las relaciones entre Francia é Italia, pero en realidad habían cambiado mucho, pues el convenio de setiembre había cesado de existir, segun los franceses porque Italia no había impedido la invasión de los garibaldinos, y segun los italianos porque los franceses habían vuelto á ocupar el suelo de Italia. Cuando los patriotas italianos recordaron que sus paisanos mal armados en la acción de Mentana hubieron de servir como de blanco para probar el efecto de los chassepots, repitieron llenos de furor la frase imprudente de Faily «de las maravillas que la nueva arma había hecho.» Se había perdido toda esperanza de conseguir la posesion de Roma con el consentimiento de la Francia, sin que fuese menester la declaración brutal hecha por Rouher el 5 de diciembre en el cuerpo legislativo «de que jamás, jamás la Italia se posesionaría de Roma.» Para toda persona reflexiva era, pues, evidente que la posesion de la Ciudad Eterna por los italianos había de ir precedida de una gran derrota de Francia, y esta derrota solo podía esperarse de una guerra entre la Francia y la Alemania. En su consecuencia, se dirigieron cada día mas las simpatías de la nación italiana á la confederación de la Alemania del Norte. La Francia había perdido el derecho á la gratitud que Italia le debía desde la batalla de Solferino.

En vano Napoleón quiso salir de esta fatal posición descargando la responsabilidad de la solución de la cuestión romana sobre una conferencia europea; pues una circular de

Moustier del 9 de noviembre en la cual decía claramente que el emperador no tenía que proponer ninguna solución determinada, solo fué bien recibida por el gobierno español y algunos Estados menores. El conde de Bismarck declaró al embajador francés Benedetti, cuando éste volvió á Berlín después de una prolongada licencia, que en su opinión el proyecto de la conferencia europea estaba condenado á resultar completamente estéril y que él en lugar de Moustier aconsejaría al emperador que renunciase á él; que el mejor servicio que la Francia podría prestar al Papa sería continuar en Civitavecchia (adonde las tropas francesas se retiraron hasta el 2 de diciembre) y dejar obrar al tiempo (1). La aversión de Bismarck á aceptar la idea del congreso se aumentó todavía mas con la torpeza de Rouher, que en lugar de invitar al congreso á la confederación de la Alemania del Norte, había invitado separadamente á la Prusia, la Sajonia, el Hesse y sobre todo los Estados del Mediodía de Alemania. El rey de Sajonia rechazó la seducción encubierta de la manera mas leal, dejando al gabinete de Berlín árbitro de decidir su participación en la conferencia; pero el ministro de Hesse, Dalwigk, que se había apresurado á aceptar la invitación, recibió del canciller alemán una lección tan dura sobre la posición que le correspondía, que se retiró corrido y espantado. También hizo ver Bismarck al embajador francés la falta cometida con estas invitaciones inconvenientes, lo que no contribuyó á mejorar las relaciones. Benedetti hizo una tentativa para atraer al rey de Prusia personalmente á favor de la idea del congreso, pero fué enteramente inútil. De las demás grandes potencias, el Austria no pudo menos de aceptar la invitación, atendida su estrecha relación con Francia, pero lo hizo sin entusiasmo y con la esperanza de que la conferencia fracasaría por falta de las otras potencias. En sentido análogo se declaró la Rusia en principio pronta á tomar parte en la conferencia; pero esto significaba en el lenguaje diplomático, como lo indicó Bismarck al embajador francés, simplemente una negativa atenta. La Inglaterra puso la condición previa, imposible de cumplir, de tener un programa cuya aceptación por parte de Italia y del Papa fuese segura. Víctor Manuel, finalmente, hizo saber en París su aprobación; pero sus embajadores en Berlín, Londres y San Petersburgo no ocultaron que los deseos de Italia eran muy distintos, y también fué encargado Nigra de presentar en París toda clase de exigencias, que Napoleón no podía cumplir. Se quería, por ejemplo, una inteligencia previa con la Francia sobre la solución que convenía buscar; una garantía de que la solución no resultaría en perjuicio de Italia; que se evacuara á Roma antes de abrir el congreso, y otras proposiciones por el estilo, cada una de las cuales habría tenido por consecuencia que el Papa hubiera retirado su promesa de hacerse representar en el congreso. Sin embargo, su representación era principalmente valiosa para Napoleón, porque había significado un acuerdo entre él y el Papa que por lo menos podía influir favorablemente en el espíritu de los católicos franceses. Otra cosa no podía esperar Napoleón, pues estaba seguro de que el hacerse representar el Papa en el congreso habría sido para pedir la restitución de todo el Estado de la Iglesia, y veía al mismo tiempo que los clericales continuaban desconfiando de la política imperial á pesar de la nueva expedición romana y de la acción de Mentana; de suerte que toda indecisión de su política había de provocar una tempestad de indignación.

El temor de semejante giro determinó también la actitud de los ministros en el gran debate que dedicó el cuerpo legis-

(1) Véanse las comunicaciones de Benedetti en su *Mission*, páginas 228 y siguientes.

lativo á esta cuestión en los primeros días de diciembre. Mientras Julio Favre acusaba al gobierno de haber confeccionado con pedazos del *Syllabus* cartuchos para los fusiles que sirvieron en Mentana, y esto después de haber hecho rasgar el mismo documento por el consejo de Estado, Thiers aprobó la intervención en Roma; pero recorriendo difusamente la historia de los últimos diez años, deploró la política del emperador en Italia; censuró al propio tiempo en términos acerbos la condescendencia con que se había mirado la ambición de Prusia y declaró que la alianza de Alemania con Italia ofrecía en el porvenir un gravísimo peligro para la Francia. Pidió por tanto que el gobierno declarase terminantemente que no abandonaría al Papa, y obligó de esta manera á Rouher á declarar ante la cámara que no podía presentar ningún programa después de haberse negado á hacerlo ante los gobiernos extranjeros y á añadir á renglón seguido que el gobierno francés declaraba que la Italia jamás, jamás, se posesionaría de Roma. Después, á excitación de algunos diputados, subió á la tribuna de nuevo para asegurar que bajo el nombre de Roma no entendía solamente la ciudad, sino todo el territorio que obedecía en aquel instante todavía al Papa. Satisfecha la cámara con esta declaración, pasó por 237 votos contra 17 al orden del día.

Aquel mismo día 5 de diciembre en que ocurrió esta escena en París, se reunió otra vez en Florencia el parlamento italiano y las declaraciones de Menabrea en él confirmaron implícitamente la pretensión de Italia de tener á Roma por capital; solo que el ministerio, deseoso de evitar todo cuanto pudiera aumentar el disgusto de la Francia, conforme lo exigía la prudencia, impidió la solemne renovación solicitada por Sella de la resolución parlamentaria del 27 de marzo de 1861. En su consecuencia no tardó en establecerse entre los dos gabinetes francés é italiano cierta aproximación; en París como en Florencia se volvió al principio sentado en el convenio de setiembre, considerándolo simplemente como suspendido, y se calculó el modo de volverlo á hacer efectivo introduciendo en él las modificaciones que fueran del caso. El lenguaje que usó el mismo emperador fué tan halagüeño, que Menabrea llegó á esperar que podría alcanzar una explicación del *jamás* de Rouher que equivaliese á la retirada de esta palabra y robusteciera su posición parlamentaria. Esto era á la verdad mas de lo que podía conceder Napoleón, si bien solo á este precio habría podido encontrar Menabrea en la cámara italiana una mayoría que hubiese desaprobado abiertamente los proyectos armados contra Roma. Menabrea, queriendo mostrar también á la Francia su buena voluntad por medio de una resolución tan deseada, hizo poner al orden del día una proposición de este género; pero el día de la votación, el 22 de diciembre, fué desaprobada por 201 votos contra 199. En vista de esta derrota, Menabrea presentó con todos sus colegas su dimisión, que fué aceptada por el rey, quedando encargado de la formación de un nuevo gabinete, que fué aceptado sin oposición por el parlamento.

Las relaciones de las Tullerías con la corte de Berlín adquirieron también después de resuelta la crisis italiana, formas mas fáciles, y Moustier especialmente se mostró muy diligente para acercarse á Bismarck en todas las cuestiones relativas al Oriente. Verdad es que el ministro de la Guerra, Niel, adoptó un tono muy belicoso en los debates sobre la ley militar que ocurrieron por Navidad, después que esta ley había sido presentada ya en 5 de mayo de 1867; pero se atribuyó este tono á la necesidad de vencer la antipatía mas exigente que antes contra la ley; de suerte que durante estas semanas apenas fué turbada la corriente pacífica, tanto menos cuanto que la ley al ser aprobada el 1.º de febrero de 1868 quedó notablemente suavizada.

Esta tranquilidad no duró mucho tiempo. Algunas semanas después se volvió á sentir la mano de la Francia en la cuestión del Schleswig septentrional, cuestión que el gobierno francés había tratado ya de explotar en el verano de 1867. En este asunto la política de Bismarck se fundaba decididamente en que la Prusia no se había comprometido (fuera del Austria) con ninguna otra potencia á hacer concesiones territoriales, de suerte que ni la Dinamarca misma, ni mucho menos la Francia, podían exigirle ninguna concesión de esta clase. Bismarck estaba dispuesto á consultar á la población de los distritos septentrionales, por medio de una votación, si preferían ser dinamarqueses ó alemanes, bajo la condición de que la Dinamarca diera garantías de que mostraría el



Faily (segun fotografia)

mismo respeto á la nacionalidad alemana que á la dinamarquesa en los territorios que debían cedérsele; pero el gobierno de Copenhague no quiso aceptar, porque temió que la Alemania se propusiera con esto crearse un asidero continuo para intervenir, y por tanto Bismarck abandonó las negociaciones en julio de 1867. Este fué justamente el tiempo que Napoleón juzgó á propósito para salir á la defensa de la Dinamarca y atraerse sus simpatías, mas procediendo con prudencia procuró ocultarse detrás de la Rusia. Gorchakoff se había dejado inducir en efecto por Moustier, durante su permanencia en París, no solamente á enviar al gobierno prusiano una nota oficial, sino á escribir también una carta particular al canciller de la confederación del Norte, que á la sazón se encontraba en Varzin. En esta carta le manifestaba su convicción de que Napoleón personalmente tenía las intenciones mas pacíficas, si bien le costaba gran trabajo dominar las pasiones de las personas que le rodeaban. Segun Gorchakoff, sería un gran auxilio para el emperador francés el arreglo del asunto del Schleswig, y si no le había suscitado de nuevo en Berlín era por no excitar la susceptibilidad de la Prusia. Por tanto sería de desear que Bismarck mismo lo arreglara; la Rusia se interesaba también en este asunto, pero procuraría evitar toda apariencia de intervención. Preparado así el terreno, promovió de nuevo la cuestión el em-